EGB 03 07

Asignatura Lengua Española del PRONEP EGB Título La expresión escrita Autores Félix Sepúlveda y Lucía Mantejo Día de grabación 13 de febrero del 81 Día de emisión 28 de febrero del 81 Si la situación actual de la expresión escrita es deficiente en los niveles superiores de la enseñanza, en la EGB alcanza caracteres francamente preocupantes. Es verdad que enseñar a escribir bien es enormemente difícil, debido a que la escritura correcta como la buena pronunciación constituyen un conjunto de hábitos que muy lentamente se asimilan y sólo se adquieren con el ejercicio continuado. No existen, pues, recetas rápidas que nos valgan y mucho nos tememos no poder aportar novedad alguna en este campo.

En nuestra anterior emisión decíamos que hablar se aprende hablando. Hoy añadimos análogamente que a escribir se aprende escribiendo y además leyendo. No hay medios más eficaces que la costumbre de leer y escribir porque la imagen gráfica se asocia a la imagen acústica de la palabra y en la medida en que se consigue esta asociación se logra la escritura correcta de los términos.

A la vez, las estructuras sintácticas que pasan a la mente mediante la lectura permanecen en ella como una reserva que el lector utilizará inconscientemente en futuros actos de habla. De todo esto se deduce que la enseñanza teórica de la escritura será mínima. La práctica diaria de abundantes ejercicios, eso sí, cuidadosamente seleccionados, y la lectura habitual son los únicos medios para obtener resultados positivos comprobables a largo plazo.

Como introducción teórica general basta con lo dicho. Pero para evitar que, como en otras ocasiones, después de plantear los problemas nos falte tiempo para dar soluciones, hoy vamos a adoptar otro sistema. Yo voy a plantearle a Lucía… Bueno, aprovecho la ocasión para presentarles a Lucía Montejo que se ha incorporado hace unos días al equipo de lengua española del Proep.

Decía que voy a plantearle a Lucía las preguntas que quizá usted, si pudiera y el medio lo permitiera, nos haría a nosotros. ¿Preparada, Lucía? Cuando quieras, pero antes me gustaría enviar un saludo a todos los que siguen nuestro curso. Por tus manos, durante estos días, mientras preparábamos esta emisión, han pasado cientos de ejercicios escolares que nos enviaban los alumnos de otros cursos pasados.

¿Cuál es la impresión que te ha quedado sobre su ortografía? No muy alentadora que digamos. Errores en el uso de las mayúsculas, de la H, confusiones B y V, S, X, J, G, L, Y, mala división de sílabas, separación incorrecta de diptongos, falta de uso o mal uso de la tilde, carencia o rareza de signos de puntuación, amén de otros errores originados por las peculiaridades dialectales o regionales, como son la confusión S, Z, la pérdida de la D final e intervocálica, omisión de la S, confusión de las líquidas L, R. El panorama no es muy alentador, ciertamente. Y más si pensamos que esta enumeración de fallos está sacada de alumnos de segunda etapa cuando estas dificultades deberían estar vencidas al final de la primera.

Pero los hechos son los hechos y de nada sirve lamentarse. Así que la siguiente pregunta va a ser esta. ¿Cómo se pueden erradicar estos errores o al menos mejorar la situación? Tú ya señalaste al principio el planteamiento eminentemente práctico que conviene dar a la didáctica de la expresión escrita.

Sólo las reglas de uso general, como pueden ser las de la acentuación y pocas más, han de explicarse y aprenderse en clase. No resulta rentable obligar al alumno a aprender de memoria numerosas reglas y mucho menos a retener listas de excepciones. De acuerdo, pero si la enseñanza ha de ser eminentemente práctica, ¿qué actividades o ejercicios aconsejarías? Se pueden aprovechar los que figuran en los libros de texto, seleccionando aquellos que mejor se acomoden a nivel real de la clase.

También los ejercicios de derivación y composición constituyen un buen medio para reforzar la retención de palabras con otras de la misma familia, a la vez que son un magnífico ejercicio de léxico. Me gustaría recalcar que son totalmente imprescindibles los ejercicios de acentuación y puntuación, pues todos sabemos que la ausencia de estos signos puede dejar incomprensible, confuso o ambiguo un texto. ¿Y qué me dirías del dictado tan usado en tiempos atrás y, sin embargo, hoy tan desprestigiado? Aunque tiene sus detractores, esta práctica tan tradicional sigue siendo aconsejable.

Siempre que se trate del dictado preparado y no del dictado sorpresa, y además se cumplan ciertas condiciones. ¿Qué condiciones? Primera, no ha de ponerse un texto que acumule dificultades sin más finalidad que la de coger en faltas al alumno. Segunda, el texto ha de ser fácilmente comprensible.

Tercera, el profesor lea previamente el texto en voz alta para que el escolar escuche cada palabra en su contexto. Cuarta, deberán marcarse las pausas y acentos pertinentes, obligando al alumno a que puntúe y acentúe. Quinta, se aconseja la autocorrección.

Nunca el cambio de cuadernos entre los niños. La experiencia desecha la corrección de un alumno por otro. Sexta, el profesor finalmente aclarará las dificultades que a su juicio contenga el texto.

Y, por último, es muy conveniente que cada profesor tenga un inventario de las faltas más frecuentes de sus alumnos para volver sobre ellas reiteradamente a lo largo del curso. Si lenta y difícil es la enseñanza de la ortografía, tantas y mayores dificultades aparecen cuando se trata de conseguir que los alumnos redacten bien. Empleamos este término de redacción en un sentido más amplio que el que habitualmente se le asigna.

Es redacción no sólo una composición sobre un tema propuesto libre, sino también un resumen, una carta, una instancia, un comentario de textos, un examen. En una de las evaluaciones a distancia del curso pasado pedíamos a los cursillistas que, a la vista de las redacciones de sus alumnos, nos dieran su opinión sobre su modo de redactar. Y, en resumen, estas fueron sus conclusiones.

Los fallos o deficiencias más frecuentes son construcción sintáctica defectuosa, falta de ordenación en los contenidos, confusión y falta de claridad en la exposición, pobreza de vocabulario, abundantes repeticiones, ausencia de creatividad e imaginación. Lo mismo que decíamos, al comprobar los fallos ortográficos, lo repetimos ahora. De nada sirve lamentarse.

Hay que aceptar las cosas como son y lo que procede es poner manos a la obra buscando la solución de los problemas. ¿La tienen, Lucía? Por supuesto que sí. Lo que no hay, ya lo dije antes, son recetas mágicas sobre el buen hacer literario.

Lo más que se puede aventurar son unos principios generales de orientación de esta actividad. ¿Por ejemplo? Aunque parezca una pergullada, lo primero que hay que conseguir es que el alumno sienta la necesidad de comunicarse por escrito, de decir algo. Sólo entonces, y nunca antes, inculcarle el deseo de hacerlo con corrección y hasta con belleza formal.

Primero, la idea. Después, la técnica. Y arropando todo ello, una práctica continua de lectura de buenos modelos literarios.

Sí, pero, ¿cómo lograr en ellos este deseo de escribir? Para conseguirlo puede ayudar mucho el que los ejercicios de redacción sean elaborados por los alumnos en un contexto general de comunicación. Es decir, para que el niño se sienta motivado a expresarse por escrito, necesita saber que su esfuerzo tiene un receptor. Y este no puede ser sólo el maestro que va a corregir sus posibles desaciertos.

Por eso me parecen útiles todos los medios que se puedan inventar para dar publicidad a sus trabajos. Periódicos murales, revista de colegio o de clase, sesiones de lectura de redacciones, correspondencia con otros centros y todo lo que dé al escolar la sensación de que escribe para alguien y de que a ese alguien le interesa. Bien, supongamos que tenemos ya a un alumno motivado.

¿Y ahora qué? Es necesario, además, inculcar en los alumnos la idea de que es preciso reflexionar antes de ponerse a escribir. ¿Qué quiero escribir? Es la pregunta obligada antes de empezar a hacerlo. El segundo paso será ayudar a los alumnos a que ellos mismos descubran y anoten, si hace falta, los puntos fundamentales los que se va a escribir.

Dicho de otro modo, hacer un esquema ordenado que sea el embrión de los sucesivos párrafos que contendrá el escrito. La confección de ese esquema será tanto más necesaria cuanto más complicados sean los ejercicios. Otro escollo con el que nos encontramos a diario es el de los temas de redacción.

Sobre eso me parece que el ideal es el tema libre, espontáneo. Pero no hay que rechazar el tema propuesto. Lo que sí es rechazable es la improvisación a la hora de proponerlo.

Es conveniente contar con una lista de temas adecuados a la edad, nivel y ambiente de los alumnos. Resulta interesante también aprovechar sucesos de actualidad, asuntos de interés nacional, internacional o local, o que se relacionen de manera especial con los niños. Y es

imprescindible señalar la extensión máxima y mínima del trabajo.

Bueno, el tiempo se nos acaba. Así que, para terminar, unas preguntas a las que te pido que contestes de forma casi telegráfica. Primera.

¿Corrección individual o colectiva? Individual. Pero cabe presentar a toda la clase los fallos más frecuentes, aunque de forma anónima. Interesa además la lectura pública de párrafos o reacciones parcialmente acertados.

Segunda. ¿Periodicidad de las actividades de escritura? La expresión escrita ha de ser una práctica diaria. La redacción, en un sentido más estricto, al menos semanal.

Alternando los distintos tipos de composición. Narración, descripción, cartas, síntesis de una explicación oral... Bueno, el tiempo se nos fue y con esto acabamos. Hasta pronto.